

Vuelve ¡Oh Señor! tus ojos a este mundo, no apartes tus pupilas de nosotros, por más que la iniquidad que nos rodea haya causado tanto desagrado en Ti, vuelve Señor y cúbrenos de tu grandeza, para que un solo fragmento de ella alcance a penetrar en la conciencia de unos y en el corazón de otros, para que imbuidos en tu bendita misericordia podamos retornar a Ti, despertar de este sueño ficticio que amenaza con fundirnos en la nada y nos aparta cada vez más de tu piedad infinita, que en ella confiamos a pesar de lo pecaminoso, de nuestra conducta, porque eres Tú, SEÑOR OMNIPOTENTE! El único salvador de tus criaturas y del fango habrás de rescatarnos aun cuando no lo merezcamos, pues si confiamos en tu inmenso amor, tan infinito, tendremos aún una pequeña esperanza de salvación. Amén

La antorcha de la luz divina sea iluminando en estos instantes la pátina de vuestro corazón y sea llegando hacia los cuatro confines de la Tierra, toda esa luminosidad con que se entrega la grandeza de mi Señor, porque de cierto y en verdad, múltiples ruegos son llegando a las alturas, lágrimas concebidas por el dolor y la ausencia de unos y por el sufrimiento de los otros, más os digo que en este nuevo génesis al que sois acudiendo, vosotros tenéis ante sí la claridad que da luz al invidente, la limosna de amor que se tiende al desvalido y la entrega a raudales que como efluvio bendito descenderá sobre cada uno de vosotros y los vuestros, para hacer patente la gloria de mi Padre, el elixir de su misericordia y la buena nueva que hará encender esos corazones la luz de la esperanza en la justicia de Dios EFRAÍN.

Habéis de saber que si bien la caridad de ese Padre es ilimitada para todas sus criaturas, vosotros tenéis también que aprender a recibirla, vosotros, niños benditos de mi Señor, tenéis que aportar cuanto os corresponde para hacer fructificar lo que se ha sembrado en vosotros desde vuestra concepción, porque ello es parte de la labor de la carne vuestra, es el arar constante que se os requiere para llegar a cosechar el fruto, ese fruto que bendecido por Dios os permitirá saborear las mieles de su ventura, lo jugoso de esa esperanza que os nutre y reaviva cuanto depositáis en El vuestra fe, en vuestras oraciones, en vuestro diario vivir cuando éste se apega a sus mandatos y es entonces, que a vosotros corresponde esa parte de responsabilidad tan evidente a los ojos de mi Padre, pero tan oculto o confuso a veces para vosotros mismos; yo os comino una vez más a aprontar ese avance, ese aprendizaje en el que vosotros, poniendo vuestra buena voluntad, podréis ir adelantando de esa gracia que experimentaréis cada vez más, pues a la par de vuestro adelanto en lo divino, escucharéis repicar las campanas de ese gozo en vuestro corazón. TOBÍAS.

Os adentráis en el dolor profundo de los demás, os detenéis ante lo que vuestra propia imaginación no ha concebido antes y os quedáis pasmados ante lo incierto de un futuro que percibís sin esperanza y os digo que si de cierto y en verdad ahora es así, tiempos llegarán en que de propias manos tomaréis el timón de la conducción de vuestra propia vida y con nuevas fuerzas empuñaréis el arado que antes se trocara en armas mortíferas, para reconstruir de ese Edén que mi Padre os entregara y nuevos surcos abriréis para depositar vuestra esperanza, porque para la grandeza de mi Padre no habrá ventura mejor que no podáis alcanzar quienes hayáis confiado en su bondad y con esa firmeza sigáis enarbolando ese bendito pendón de la esperanza y la fe en su propia misericordia.  
RENÉ